

December 2005

Número 69: 2.º Domingo de Adviento-Día de Navidad

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2005) "Número 69: 2.º Domingo de Adviento-Día de Navidad," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2005 : No. 69 , Article 1.
Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2005/iss69/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 069 – Diciembre de 2005**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo Andinach****Domingo 4 de Diciembre, Segundo Domingo de Adviento**Sal 70; Am 5:18-25; 1 Tes 4:13-18; **Mt 25:1-13**

El Adviento es tiempo de espera y preparación y el texto de este domingo nos conduce en esa dirección. La parábola de las diez vírgenes puede interpretarse de diversas maneras pero en el contexto litúrgico en que esta vez las leemos el énfasis debe ponerse en la preparación para recibir al Señor. Ese será el tema de esta predicación, una preparación que no puede soslayar las circunstancias en que se encuentra el creyente y la comunidad a la que se dirige el predicador.

El texto comienza con la frase varias veces reiterada de que “el Reino de los Cielos será semejante a...” para referirse luego a la situación de las vírgenes que esperan al novio. La parábola busca dar un ejemplo que haga pensar en la realidad del Reino que se ha acercado en la persona de Jesús de Nazaret. Para ello recurre a la conocida costumbre de la época que en la fiesta de bodas la pareja fuera acompañada por un cortejo de muchachas solteras que primero esperaban al novio para entrar con él en la casa de la novia, y luego acompañaban a ambos a la casa de la familia de él donde se desarrollaba la fiesta familiar. Estas jóvenes estaban allí para agasajarlo y para expresarle la alegría de sus amigos y parientes por el enlace. Todo indica que su función es celebrar con él –y también con la novia- el acontecimiento que están realizando. Por eso se da en el contexto de una fiesta que aunque no se nombre en el relato es evidente que constituye un eje principal del mensaje: la gente está de fiesta porque llega el novio y algunas no se prepararon como debían para participar de ella.

Es preciso señalar desde un comienzo que las parábolas tienen sus propias claves de lectura. Leídas sin tenerlas en cuenta pueden hacer derivar su interpretación hacia donde ellas mismas no quieren ir. En el caso que nos ocupa no sería afortunado cargar las tintas sobre el hecho de que el novio rechaza a las insensatas y no acepta que entren en su fiesta. Buscar el sentido por ese lado ha hecho que este texto se haya leído muchas veces como una advertencia para aquellos que no estaban en buena relación con Dios y que así se exponían al rechazo de él mismo el día en que lo buscaran. Toda la Biblia está escrita para decir exactamente lo contrario: que en su amor Dios nos espera y nos va buscar al lugar más lejano para hacernos volver a su redil. Que no hay distancia que el Señor no esté dispuesto a recorrer para rescatarnos de allí donde hayamos caído. ¿Cuál es en consecuencia el sentido de ese final? El propósito de la parábola está expresado en la disposición de las vírgenes prudentes a hacer todo lo necesario para que nada perturbe el encuentro con el novio. En ese sentido el énfasis está puesto en la actitud hacia el

acontecimiento que se aproxima. En el caso de las insensatas no hicieron todo lo posible por evitar el problema y así perdieron la oportunidad de estar en el momento justo en que el novio entraba a la casa. El cierre de la parábola pone en evidencia el valor del tiempo presente, aquel donde se juega el destino, y que desperdiciar ese momento conducirá al desastre. En la parábola ese desastre se manifiesta en el rechazo del novio de las que no estuvieron preparadas para recibirlo. Es decir, se exagera para poner en evidencia el mensaje central.

Lo mismo puede decirse respecto a las vírgenes que llegado el momento de recibir al novio no quisieron compartir el aceite de sus lámparas y obligaron a las demás muchachas a ir a comprar el suyo. Así estas últimas perdieron la posibilidad de entrar junto con ellas. No deberíamos asumir que el sentido de la narración es que en determinados momentos el egoísmo es aceptable y hasta aleccionador. Lejos está este texto de ir por ese camino. Es claro que si las prudentes hubieran dado aceite a las otras el novio podía quedarse sin cortejo y por lo tanto el agasajado hubiera sido despreciado. Lo que importa en este caso es preservar el derecho del novio de ser bien recibido y de disfrutar de su boda. Otra vez es necesario insistir que los detalles ayudan a resaltar el centro del relato y que en este caso lo que se hace evidente es que mientras unas estaban listas para el novio las demás no lo estaban y debieron salir a solucionar el problema cuando ya era demasiado tarde. No es la negativa de las primeras sino la impericia de las últimas lo que se destaca en la parábola. En cualquier caso el novio merece ser bien recibido y eso es lo que se preserva al evitar que todas se queden sin aceite en sus lámparas.

¿Cómo nos preparamos para recibir esta Navidad? La parábola nos invita a tomar el tiempo de adviento como un período para repensar nuestra fe en la perspectiva de que el Señor está pronto a llegar a nuestra vida y nuestro pueblo.

Desde el punto de vista homilético es posible explorar las varias pistas que este hermoso relato nos presenta.

1. El novio evoca a Jesús que llega a nosotros y por lo tanto podemos reflexionar sobre la figura del novio. Este es un joven que está planificando su vida e invitando a su amada a que la comparta con él. Tiene un proyecto y es un proyecto de vida y compartido. No viene a celebrar una batalla ganada ni un premio obtenido, viene a buscar a quien será su pareja de por vida y con quien encararán las alegrías y pesares. La imagen de un novio entrando a la casa de su novia hace pensar en el amor, en la entrega, en la alegría de llevar a cabo un proyecto.
2. Las vírgenes nos hacen pensar en aquellos que son invitados a recibirlo y a alegrarse con él de su llegada. La iglesia debe estar atenta al mensaje de aquel del cual en la próxima Navidad lo recordaremos entrando en la historia de la humanidad naciendo como un niño más.
3. Luego las vírgenes prudentes nos conducen a pensar en que debemos estar preparados para agasajar al novio. El Señor espera eso de nosotros y no es dado que nos olvidemos de ningún detalle. Por otro lado las insensatas nos hacen pensar en las veces que por descuido perdemos la oportunidad de descubrir a Dios en los hechos cotidianos. Ellas no comprendieron la dimensión de lo que estaba sucediendo y se dejaron estar. Esta imagen es pasible de compararse con la vida de fe y el testimonio. ¿Cuántas veces olvidamos que estamos ante el dador de toda

vida? ¿Cuántas veces nos quedamos dormidos y sin aceite para recibirlo como él merece?

4. Un elemento a explorar en la predicación es que mientras la fiesta se está llevando a cabo dentro de la casa las que quedaron fuera se la pierden. Ese detalle fue utilizado desde un punto de vista moralista –y por lo tanto equivocado- como si significara que las personas que no están preparadas espiritualmente para recibir a Cristo quedan excluidas del amor de Dios. En consecuencia se vinculaba la falta de preparación a la situación de pecado y en especial a los pecados “morales” –como si alguno no lo fuera- y a la inmediata consecuencia de recibir el rechazo de Dios expresado en el último versículo. Creemos que otro es el sentido que puede extraerse de este detalle del relato. Las doncellas descuidadas que no tenían aceite se pierden la fiesta. Y no lo hacen por voluntad –¡a quien no le gusta una fiesta!- sino como consecuencia de su olvido. El novio las hubiera querido celebrando con él su familia pero su desidia la priva de ese privilegio.
5. Esto último de pie para una reflexión sobre el sentido de ser creyente desde el momento que serlo es ser parte de la fiesta de Dios, de la fiesta del niño de Belén que llega para salvar al mundo. Esa es la fiesta que celebramos y que en muchos casos está distorsionada por el comercio y la superficialidad.
6. Estar preparados para recibir al novio –al niño de Belén- es estar atentos a lo que pasa en el mundo que nos rodea. La imagen bíblica de las bodas es tomada –como en todos los casos de las parábolas- de la vida cotidiana de la época. También el relato nos conduce a meditar sobre el aceite provisto u olvidado. ¿Cuántas veces estamos más preocupados por cuestiones menores y nos olvidamos del aceite para el Señor?
7. Es necesario decir que la imagen del novio como Jesús también tiene sus límites. Las parábolas no son alegorías donde cada cosa es exactamente lo que parece significar. Que se diga que el novio al final no permite entrar a las olvidadizas a su fiesta no debe dar pie a predicar sobre que el Señor rechazará a quienes no supieron recibirlo a tiempo. Las puertas de su casa están siempre abiertas a recibir al equivocado, lo aquel padre recibió a su hijo cuando regresó a casa luego de sus aventuras, como aquel pastor que arriesgó su vida por salvar a la oveja que se había apartado. Su amor es mayor que el texto de una parábola por más que esta pertenezca a su propia palabra.

Prepararnos para la Navidad es estar atento a como nos disponemos a recibir a Dios en nuestras vidas. La parábola nos insta a hacerlo de la mejor manera que podamos.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 069 – Diciembre de 2005

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Pablo Andinach

Domingo 11 de Diciembre, tercer domingo de Adviento

Sal 126; Is 61:1-11; 1 Tes 5:16-24; **Jn 1:6-8 y 19-28**

Este tercer domingo de adviento nos encontramos con el texto del Evangelio relativo al desempeño de Juan el Bautista. Es interesante que mientras tenemos en la mente la cercanía de la Navidad leamos un Evangelio que no narra el nacimiento de Jesús ni incluya alusiones a su infancia. Esto nos tiene que hacer pensar en el sentido de la Navidad y de las narraciones que la evocan.

Juan el Bautista es un anunciador del Mesías. Su tarea es decirle a la gente que el tiempo se ha cumplido y que aquel que había de venir ya está entre nosotros. Debemos imaginar la sorpresa e incluso la incredulidad ante semejante mensaje. ¿Si lo habían esperado por siglos por qué habría de venir justo ahora? Y si era el Mesías ¿como lo sabrían? Para una comunidad de fe que estaba acostumbrada a que el Mesías era siempre una realidad adelante en la historia y no una presencia en medio de ellos esta noticia no podía menos que alterarlos y hacerlos dudar. Las certezas inmemoriales comenzaban a resquebrajarse y aquel que siempre había sido una promesa futura ahora parecía que se transformaba en un cumplimiento inminente.

Por otro lado debemos comprender que muchos se habían autoproclamado el Mesías esperado y habían defraudado a la gente que creyó en ellos. La expectativa era grande por que también grande era la opresión social y religiosa a que estaba sometido el pueblo de aquel entonces. El Bautista era una persona que se había retirado al desierto y que desde allí –a orillas del río Jordán- anunciaba que ya no era preciso esperar más porque el mesías estaba entre nosotros. Sus palabras no dejaban en claro cual era el tipo de Mesías que estaba anunciando. Entre el pueblo corrían diversas versiones que iban desde el mesías militar y guerrero al estilo de David hasta la figura celestial y casi mística de un Elías o Henoc redivivo. Desde un rey poderoso que sublevara a al pueblo y lo conduzca a la victoria contra los romanos hasta una especie de ángel de Dios que combatiría con el ejército celestial –el representante de «Jehová de los ejércitos»- y que instauraría un reino eterno y a mitad de camino entre este mundo y el venidero. ¿A quien creerle cuando todo hacía suponer que nadie podía en verdad desafiar el poder del invasor y reemplazar su poderío por el de una fuerza alternativa?

Las distintas partes del texto no ayudan a organizar la reflexión.

1. Juan es descrito como aquél que viene a ser testigo de la luz. Se aclara que él no era la luz sino solo testigo de ella. Esta aclaración viene a cuento de lo que mencionamos que eran muchos los que se proclamaban ser el Mesías, los iluminadores y salvadores del pueblo. Para no dejar dudas se insiste en que él no es el Mesías. Su prédica apunta a la luz que es distinta de él. En esto nosotros podemos encontrar una enseñanza para nuestro propio testimonio. A veces parece que nos anunciamos a nosotros mismos: qué fieles que somos, cuánto amamos a Cristo, qué vida recta que llevamos... Si revisamos algunas de las canciones que entonamos en la iglesia vamos a encontrar que algunas de ellas parecen destinadas a ponernos a nosotros mismos como ejemplo más que a exaltar la persona de Cristo. Si escuchamos algunos sermones que se predicán nos vamos a llevar sorpresas sobre cuán buenos somos los que asistimos a la iglesia y cómo el mundo debe imitarnos. Pero esa desviación no es nueva sino que ya existía en tiempos bíblicos y el evangelista quiere prevenirnos sobre ella. Se anuncia la luz que llega a las personas no a quienes son los encargados de dar testimonio de esa luz.
2. Las cuatro primeras preguntas tienen que ver con la identidad del que anunciaba esto en el desierto. ¿Quién eres?, ¿Eres Elías?, ¿Eres el profeta?, y finalmente, confundidos, insisten en preguntarle a modo de resumen: ¿Quién eres? El problema era saber quien era este desconocido que anunciaba lo que muchos esperaban pero de una manera distinta a cómo lo esperaban. La primera respuesta es “yo no soy el Cristo”. Lo dice de entrada para evitar confusión y especulación. Otros se endilgaban ese título pero Juan no. Es como decir: si esperan que yo los salve sepan que no tengo potestad para ello. Las autoridades religiosas que lo interrogan querían saber si estaban ante otro vendedor de ilusiones falsas o debían tomar en serio sus palabras.
3. Elías era una figura que en la mentalidad judía había quedado como alguien que habría de volver en el final de los tiempos. Probablemente por lo significativo de sus relatos y andanzas y porque se había ganado el concepto de ser el más fiel de los profetas y así está dicho en Malaquías 4:5-6, al final del Antiguo Testamento. Este cierre de la primera parte de las Escrituras parece indicar que es él el que había de venir. Basta con girar la página y comenzar con Mateo y su narración de la Navidad. Sin embargo es bueno instruir a la congregación respecto a que ese no era el orden de los libros en tiempos del Nuevo Testamento y que las Escrituras de quienes redactaron los evangelios –nuestro Antiguo Testamento– no finalizaban con Malaquías sino con Crónicas. Fue posteriormente y ya en tiempos del cristianismo consolidado que se comenzó a colocar a los profetas al final del AT y así Malaquías y su final parecían ser el umbral del NT. Sea como fuere la figura de Elías evocaba esperanzas liberadoras, regresos de las glorias pasadas y la apertura de una nueva era para Israel.
4. ¿Eres tú el profeta? Es difícil saber a quien se referían; si a un profeta en particular distinto de Elías o si de este modo mencionaban a un futuro nuevo profeta, una figura desvinculada de los profetas del pasado y constituido por Dios como el nuevo salvador. Recordemos que en el Israel de esta época el título de profeta era la más alta vestidura que podía darse a alguien, y de hecho no había “profetas” pues se reservaba el término para aquel que solo Dios podía enviar y lo iba a presentar como tal. Preguntarle si era el profeta puede haber sido una forma de indagar sobre

su seriedad o quizás una manera de encontrarlo en infracción ante la ley. Sería luego acusado de apropiarse de la voluntad de Dios proclamándose profeta.

5. Luego insisten en que el Bautista debe darles una respuesta respecto a su identidad. Aquellos que los enviaron esperan una palabra clara sobre quién es este que predica y que bautiza. Especialmente porque muchos iban a escucharlo y a recibir el agua que los limpiaba. ¿Quién dices que eres? le preguntan. La respuesta es por demás ingeniosa: “soy la voz de uno que clama en el desierto...” citando a Isaías y colocándose no en la posición de profeta, Mesías o alguna otra figura esperada sino solo en la de aquel que anuncia que hay que enderezar los caminos, cosa que todo creyente y sacerdote de la época debía hacer. Si la pregunta fue capciosa la respuesta fue brillante: a nadie se puede juzgar por clamar que hay que arrepentirse y corregir los caminos.
6. Pero quienes lo consultan no abandonan su propósito. Si no es ninguna figura especial ni enviado de Dios, ¿por qué bautizas? La respuesta es también sorprendente. El bautismo del agua es una preparación para la llegada el Mesías que está en medio “de vosotros”. Así no solo no menciona quien es el Mesías – probablemente por que él mismo no lo sabría- sino que les dice que está en medio de ellos, es decir, puede incluso ser uno de ellos. Juan no confronta con los fariseos sino que los deja sin argumentos: quizás el Mesías sea un fariseo, un líder de ese propio grupo. Pero puede también que no sea así.
7. ¿De qué manera nos preparamos para recibir al niño de Belén? ¿A qué clase de mundo llega? Aquel Jesús se encontró con una sociedad de fuertes contrastes e injusticias, las que hoy tienes otras formas y otros mecanismos pero también generan postergación y conflicto.
8. Por otro lado el estado espiritual de los judíos era contradictorio. Por un lado anhelaban la llegada del Mesías. Por el otro le temían y los poderosos sentían que vendría a cuestionar su poder y privilegios. Uno puede pensar que hoy no estamos en una posición muy distinta de aquella. Millones se inclinan ante “dioses” pero pocos se deciden a seguir al Dios verdadero y asumir el discipulado que ello implica. Es como si estuviéramos más interesados en los beneficios que en el costo, más en los premios que en el esfuerzo.

Juan el Bautista nos recuerda que la llegada del niño de Belén no es un simple cuento romántico sino el comienzo de un ministerio que en última instancia conducirá a la cruz y a la resurrección.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 069 – Diciembre de 2005**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo Andinach****Domingo 18 de Diciembre, cuarto domingo de Adviento****Sal 89:1-4.19-26; 2 Sam 7:1-11, 16; Ro 16:25-27; Lc 1:26-38**

El cuarto y último domingo de adviento está dedicado al texto de la anunciación a María. Un texto sorprendente para nosotros pero no tanto para los oyentes de los primeros siglos que sabían de historias de concepciones virginales atribuidas a personas importantes de su tiempo. Reyes y fundadores míticos de ciudades y pueblos solían ser recordados con historias como ésta. Lo que hace la historia de Lucas diferente a otras para los israelitas es que se anuncia que ese niño nacido de forma especial recibirá el trono de David y será reconocido como el Hijo de Dios.

Varios son los elementos que señalan la extrañeza del relato. Por un lado la ubicación del evento en Nazaret, una localidad pequeña y sin historia en Galilea. Más que ciudad era una aldea sin importancia y que nunca había sido mencionada en el Antiguo Testamento. Además debemos resaltar que era de Galilea, lugar de donde no se esperaba nada significativo para la historia religiosa de Israel. En la tradición bíblica Galilea era la zona de los samaritanos con los que los judíos (los de Judea) estaban enemistados desde hacía varios siglos y con quienes no tenían ningún vínculo social ni afectivo. Por el contrario, se marginaban mutuamente. Nazaret no era una localidad samaritana pero estaba en pleno corazón de aquel territorio.

Galilea había sido el lugar desde donde cada algunos años se producían levantamientos populares de rechazo a los romanos. Como estaba lejos de la capital Jerusalén era más difícil controlarla y era por allí que los líderes judíos –zelotas, sacerdotes radicalizados, nacionalistas, etc.- cada tanto se levantaban contra el poder instalado en Jerusalén. De modo que ubicar a María en esa región era un signo contradictorio pues pocos esperaban que el Mesías pudiera surgir de esa zona.

A la vez es llamativo que la revelación se produjera a una mujer. Si bien en el Antiguo Testamento hay muchos ejemplos de Dios revelándose a mujeres, es sabido que en tiempos del Nuevo Testamento se había producido una cierta involución respecto al trato social a las mujeres. Mientras que en el Israel antiguo las mujeres llegaron a tener un protagonismo significativo y a ser partícipes de gestas muy importantes, al llegar el siglo I la sociedad israelita se había tornado más cerrada respecto de las mujeres. Algunos especulan que esto se debió al carácter más urbano del mundo del NT donde era más fácil controlar a las personas, especialmente porque la centralidad del templo hacía de Jerusalén una ciudad santa en forma superlativa y por lo tanto se exigía en ella conductas rígidas. Que este extremo de celo de santidad se haya aplicado principalmente a las mujeres –aunque no solo

a ellas- es consecuencia del machismo que imperaba en aquellos días, pero es probable que esa sea la explicación. Otras víctimas de este celo fueron los enfermos crónicos –tanto mujeres como varones- que eran considerados impuros y maltratados socialmente más en el mundo del siglo I que en los siglos anteriores. Por otro lado el mundo preponderantemente rural –o de aldeas pequeñas- del AT y más alejado de la ciudad santa daba espacio para el desarrollo de relaciones más libres y afectivas por lo tanto posibilidades de crear liderazgo femenino y de cierta benevolencia hacia los enfermos. Sea cual fuere el motivo, es llamativo que el anuncio del inminente nacimiento del hijo de Dios se hiciera a una mujer.

Varias consecuencias para la predicación podemos extraer de este relato:

1. La elección de María es llamativa. Ella es una joven aún soltera pero comprometida para casarse con un joven de la casa de David. Esto último quiere decir que era judío y no samaritano, pues aunque todos descendían del mismo tronco israelita los judíos no reconocían a los samaritanos como “parientes” suyos. María es el nombre de la hermana de Moisés –en hebreo es Miriam, y seguramente así era el nombre original de María- quien había tenido un papel protagónico en la gesta de liberación de Egipto y que era recordada como una líder de las mujeres durante ese tiempo. La concurrencia del nombre no es casual y el lector de aquella época no podía dejar de vincular ambos personajes. Más aún si al hijo que ha de nacer de esta Miriam se le pondrá por nombre Jesús. En hebreo Jesús es Josué y significa “el salvador”. De modo que la criatura tendrá por madre a una nueva Miriam que ahora conducirá al pueblo hacia la liberación y dará a un hijo llamado Josué que será el nuevo dador de la tierra. Si aquel Josué cumplió la promesa de la entrega de la tierra ahora este nuevo Josué – Salvador cumplirá la promesa de una posesión mucho más profunda y transformadora que aquella otra.
2. La joven acepta la situación que se le plantea aunque es muy difícil para ella. ¿Quién le creería? ¿Cómo no van a acusarla de adulterio? Estas preguntas no se presentan en el texto pero sin duda estuvieron presentes en la mente del narrador. En el caso de Mateo (1:19) José busca retirarse para no tener que acusarla de haber tenido relaciones sexuales ilegales. En Lucas no se incursiona en ellas pero es evidente que para esta joven soltera explicar un embarazo por este medio era algo difícil de aceptar por quienes la rodeaban.
3. La tradición de la diáspora judía esperaba la concepción por una virgen y el nacimiento de un niño que liberaría a Israel de sus penurias. No debe llamarnos la atención que se utilice la figura del ángel Gabriel como actor para anunciarlo desde el momento que este ángel era muy popular en la literatura judía de fuera de Israel. Hay muchos textos no canónicos que narran sus intervenciones. Es probable entonces que en la redacción de esta historia haya habido una fuerte influencia de los cristianos surgidos entre los judíos de la diáspora donde nacimiento virginal y el ángel Gabriel gozaban de alta estima y en cierta medida se esperaba que esos elementos estuvieran presentes en la llegada del Mesías.
4. La mención de que reinará sobre “la casa de Jacob” le da un carácter universal al reinado del pequeño que ha de nacer. El trono de David y la casa de Jacob significan el viejo linaje de Judá y las tribus del Norte (llamados en distintos momentos Samaria, Israel, Jacob, Efraim). Para la limitada comprensión del mundo

en aquel entonces esta doble jurisdicción implicaba la reunificación de todo Israel (las doce tribus) y por lo tanto la conformación de un cierto universalismo. Quizás no deberíamos obviar en la predicación que este elemento ya está presente en la Navidad cuando se llegan al niño de Belén los sabios de Oriente, representantes del resto del mundo conocido para ellos.

5. También se dice que su reino no tendrá fin. Esto apunta al carácter mesiánico del niño por nacer. Muchos habían pasado en el trono de Israel pero la fragilidad de su poder había hecho que no sobrevivieran el paso del tiempo. Los diversos monarcas (judíos y extranjeros) se habían presentado como eternos y todopoderosos pero la experiencia mostraba que también su gloria se marchitaba. A la vez, que su poder se había utilizado con rara excepción para oprimir y humillar al pueblo en lugar de hacer justicia y promover la paz verdadera. El anuncio de que su reino será permanente alude en consecuencia a que no será un monarca como los demás sino que su mensaje es algo nuevo y aún no conocido. Si pensamos en las expectativas que había respecto al Mesías podemos decir que un poco todos se frustraron o no lo entendieron. Para los romanos fue un caudillo político que se creía rey; para los fariseos fue un idealista exagerado y un trasgresor inútil. Para las mujeres fue una luz que se encendió y luego se volvió a apagar; para los judíos zelotes revolucionarios fue un débil y un conservador. Para los pobres fue un profeta y un liberador frustrado que generó expectativas que no fueron cumplidas. Por último, para los miles que lo vieron pasar por sus aldeas y campos fue un iluminado que terminó condenado y muerto.
6. Por último, la aceptación de María de la voluntad de Dios es un detalle a destacar. A veces la distorsión operada por la mariología católica ha hecho que en el mundo evangélico no evaluáramos la dimensión de su testimonio. Pero ella, así como otros varones y mujeres de Dios en la Biblia, asumió el papel que el Señor le pedía para llevar adelante el mensaje de salvación. Y lo hizo sin límites y con entrega plena al llamado de Dios.

Al finalizar el tiempo de adviento y prepararnos para celebrar la Navidad es importante recordar en nuestras predicaciones lo difícil que fue para quienes estuvieron presentes en aquella primera –y única y verdadera- Navidad asumir el desafío que se les ponía delante. Dios recurrió a ellos para que fueran vehículo de su palabra, para que comunicaran a los demás la buena noticia de la llegada del Hijo al mundo. Y ellos y ellas aceptaron el desafío. ¿Cómo respondemos nosotros al desafío de vivir con fe y confiando en que aunque no entendamos algunos de los caminos de Dios, él quiere lo mejor para sus hijos e hijas?

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 069 – Diciembre de 2005**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo Andinach****24 de Diciembre, Nochebuena**Sal 89:15-18; Is 9:2-7; Tit 2:11-14; **Lc 2:1-20**

¿Qué es velar? En nuestra cultura el verbo velar nos hace pensar casi inmediatamente en sepelios y noches largas junto al ataúd. El texto nos dice que los pastores velaban pero esa afirmación nos conduce a otra actividad, claramente distinta: cuidaban sus ovejas durante la noche para evitar que los animales salvajes las ataquen y devoren. También había otra razón, menos conocida: para evitar que los pastores vecinos se apropiaran durante la noche del ganado ajeno.

Los pastores no estaban esperando al Mesías ni sabían que Dios les tenía preparada una sorpresa esa noche. Ellos estaban trabajando de serenos y cuidadores de sus rebaños. Pero en ese momento –que podemos calificar de muy poco “espiritual”, aburrido y monótono– un ángel del Señor se les apareció para darle un sentido totalmente distinto a su velar y anunciarles que en ese mismo día había nacido el salvador, el Cristo. Ellos estaban cuidando sus propiedades y de repente se encuentran como testigos privilegiados del primer anuncio del nacimiento. Los pastores velaban para preservar sus pertenencias pero ahora son convocados a celebrar que quien haría que sus vidas dieran un vuelco definitivo estaba cerca de ellos y podrían verlo tan solo con acercarse a la aldea de Belén.

¿Por qué se apareció a los pastores? Podríamos decir que porque eran los únicos que estaban despiertos durante la noche, y no estaríamos errando al blanco. Pero consideramos que hay algunas cosas más precisas que debemos tener en cuenta y que pueden ayudarnos a predicar en esta oportunidad.

1. El oficio de pastor era tenido en poca estima. Por su carácter los pastores tenían fama de ladrones y nadie que se precie quería ser pastor de rebaños. Así como cuidaban el propio no dejaban pasar oportunidad de apropiarse de ovejas de otros rebaños amparados en la oscuridad de la noche. Quizás tendríamos que pensar en los oficios que hoy son desprestigiados socialmente... En la tradición cristiana hemos creado un halo romántico sobre estos personajes pero la realidad es que los ángeles se presentan ante un sector desprestigiado de la sociedad y poco creíble. ¿Quién le cree a un delincuente? podrían decir muchos... Y esa es la realidad de la situación de aquella noche. Pocos estarían dispuestos a creer la historia que estos pastores les podían narrar desde el momento que eran tenidos por mentirosos de oficio.
2. A su vez es sorprendente la respuesta que estos hombres rústicos tienen ante la visión que se les presenta. Primero tuvieron miedo –pero eso es razonable y

comprensible- y luego escucharon atentamente lo que se les estaba anunciando. A tal punto creen que deciden al final del relato ir a Belén y ver con sus propios ojos “esto que el Señor nos ha manifestado”. No dudan de la veracidad de lo que recibieron, no piensan que fue un sueño o una alucinación producto del cansancio de la noche. Tampoco los turba el hecho de que pocos les creerían, dada la poca estima que recibían de su vecinos. Ellos están convencidos que el niño ha nacido y quieren ir a verlo.

3. El ángel anuncia nuevas de gran gozo. Era difícil anunciar buenas noticias en aquel tiempo. Más bien todas eran malas noticias especialmente para la gente humilde. Luego de la directa opresión romana ahora tenían a un rey judío (Herodes) pero tan cruel y déspota como los invasores. De hecho había sido colocado en ese lugar por los romanos para que siendo judío pudiera controlar mejor a su gente. Los impuestos y la explotación del trabajo corría en paralelo con las obras “herodianas” que mandaba construir por todo el reino: palacios, caminos, puestos militares, fortalezas, murallas... todo para consolidar su poder y para asegurar el control de la población. Todavía hoy se pueden ver los restos de sus palacios y caminos. Creó un sistema de comunicación basado en torres que se avisaban con luces los mensajes. Los romanos no podían creer cuán eficaz era este rey que ellos habían puesto para dominar a su propio pueblo y con cuánta habilidad lograba extraer sus impuestos sin que se revelaran contra el poder. De hecho había sabido sofocar varias rebeliones.
4. El gran gozo era para todo el pueblo, no solo para los pastores. Y tenía que serlo de verdad porque ya la gente no toleraba más desplantes y promesas que luego no se cumplían. Ante un anuncio que podía confundirse con una alucinación se le suma una multitud de huestes celestiales alabando a Dios y proclamando paz a los seres humanos y la buena voluntad de Dios hacia ellos. Es importante recordar que los israelitas tenían el concepto de que Dios en los cielos tenía un ejército que lo alababan y servían. Esa era una concepción común con otros pueblos cananeos pero lo propio de Israel es que eran solo ángeles y no semidioses. Estos últimos tenían autonomía y podían incluso cuestionar la autoridad de Dios. Le presentaban batalla y si le ganaban se erguían como en nuevo Dios todopoderoso. En la fe de Israel nunca se cuestionó la autoridad plena de Jehová: las huestes estaban para servirlo, no para pelear con él por el poder. De modo que este coro celestial representa la plenitud del cielo que confirma lo que el ángel solitario había anunciado a los pastores.
5. Luego van a Belén y al ver al niño les cuentan a los que estaban allí lo que había visto en la noche. Los asistentes se maravillaron al oír sus relatos ¿Por qué? Esta es una clave de lo sucedido en Navidad que suele pasarse por alto. Los asistentes en el pesebre no sabían quien era este nuevo bebé. Había nacido un niño entre ellos y estaban acompañando a la madre primeriza. Los menesteres propios de toda primera madre no son fáciles: desde darle el pecho hasta limpiarlo son tareas que se deben aprender cuando todavía perduran las fatigas del parto. Y se aprende de otras madres ya experimentadas. Eso es probablemente lo que estaban haciendo aquellos que rodeaban a María y José en aquel primer día de vida del niño: ayudando a la madre, acompañando al padre. En ese momento llegan estos casi delincuentes y les cuentan lo que les fue revelado sobre el niño que tienen delante.

6. Al contarles lo que sabían de ese niño se puede decir que “abrieron sus ojos” a la realidad de lo que estaba sucediendo delante de ellos. Hasta ese momento parece que solo María sabía del destino de su hijo. Ahora son más los que dan gracias a Dios por su bondad y porque se ha acordado de ellos. Luego se retiran a sus lugares dando gracias a Dios por haber sido testigos de tan grande acontecimiento. Sorprende la pequeñez de lo narrado. Luego de estos hechos parece que pocos tomaron la posta y ya casi nadie se acordó de lo sucedido. Pensemos que hasta aquel hecho en el templo cuando llamaba la atención su conocimiento de las cosas de Dios –y allí nadie vinculó eso con su carácter mesiánico- y luego hasta el bautismo en el Jordán, nadie va a considerar a este niño como el enviado de Dios. Una vez más el Creador nos sorprende con sus tiempos: el niño ha nacido pero deberemos esperar hasta la madurez de los tiempos para ser testigos de la plenitud de su mensaje.
7. ¿Cómo nosotros vamos a ser testigos de esta nuestra Navidad del siglo 21? También a nosotros se nos presenta el Señor en la persona de un niño en el que debemos creer. Más allá de toda la ternura que un bebé produce en quienes lo contemplan, es un milagro de Dios que podamos ver esta noche en ese pequeño que evocamos al Hijo de Dios que vino a salvar al mundo. Luego de 20 siglos continuamos implorando por justicia, por paz, por respeto a la vida, muchos pensarán que su mensaje fue en vano o que no pasó de un visionario con buenas intenciones. El creyente sabe que aunque su reino no es ha instalado en forma plena y definitiva, su presencia ya es una realidad en el pueblo que lo proclama como hicieron aquellos ángeles y como luego lo hicieron los pastores. Que aunque haya todavía mucho por hacer en esta tierra y que su reino no es de este mundo, hay un pueblo que sabe que el Señor ha dispuesto que ya tenemos tareas para llevar adelante ahora mismo.
8. Siempre me llamó la atención que toda la escena de la Navidad en los evangelios se da en el marco de cierta normalidad. Los pastores tienen una visión pero no se desesperan, María recibe al ángel pero no descrea, José duda pero luego acepta lo que sucede. Así podríamos decir de tantos otros personajes que a pesar de lo extraño y a veces fuera de lógica de lo que Dios les ponía delante, supieron aceptar la misión a la cual se los llamaba. Pusieron sus dones al servicio del Señor aun cuando no terminaban de entender todo lo que estaba en juego en la mente de Dios.

En esta nochebuena dejemos que el niño de Belén nos permita ver su proyecto para el mundo y para nuestra vida. Que podamos comprender cual es el papel que Dios espera de cada uno de nosotros a partir de hoy. Y que la Navidad sea una oportunidad para renovar nuestra fe en el recién nacido que se hizo grande y dio su vida por nuestras faltas.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 069 – Diciembre de 2005**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET***Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Pablo Andinach****Domingo 25 de Diciembre, Día de Navidad**Sal 98(1-4); Is 52:7-10; Heb 1:1-6; **Jn 1:1-18**

Domingo significa “el día del Señor”, y viene del latín *dominus* (señor). En la tradición cristiana reemplazó al sábado judío como día dedicado a la fe y la devoción. Este año la Navidad coincide con “el día del Señor” y es oportunidad para reflexionar sobre su sentido una vez más.

¿Qué celebramos hoy? Son varias las cosas que convergen en la Navidad y en general solemos pasarlas por alto. Nos detenemos en la querida historia del pesebre pero se nos hace más difícil entrar en otros aspectos. Vamos a detenernos en tres cosas que en este domingo estamos celebramos: la promesa cumplida, la fidelidad de Dios a su proyecto, y la invitación a ser seguidores del Señor.

La promesa cumplida

Los profetas lo anunciaron y los textos dan testimonio de ello. Pero por siglos la promesa se postergaba y ya parecía que nunca iba a cumplirse. Son muchos los que estaban convencidos que aquellos visionarios se habían equivocado y que el Mesías no vendría, que era solo una ilusión. Pero Dios cumple sus promesas y en esta Navidad celebramos que aquellos que esperaron en el Señor no fueron defraudados.

Es importante enfatizar este aspecto de la Navidad porque hoy vivimos un tiempo en que las palabras se han licuado. Ya no hay promesas sólidas y los pueblos sienten que nadie es capaz de sostener su palabra o cumplir su promesa. El mensaje de la Navidad es que Dios sí respeta su palabra y que al hacerlo muestra su respeto por las personas. Cuando no se cumple una palabra se le está restando valor a la vida del que era receptor de esa promesa. Es una forma de decir que no merece que cumplamos nuestra palabra porque lo mismo da para él o para nosotros. Con Dios no es así. Cumplir es valorar la vida que nos ha dado y es respetar nuestro derecho de que se cumpla aquello que se nos ha prometido.

Por otro lado, la llegada del niño de Belén abre expectativas sobre el futuro de la humanidad y de su relación con Dios. Hasta ese momento el Señor era una divinidad “en los cielos” y si bien sabemos que siempre estuvo interesado en lo que pasaba entre las personas y escuchaba el clamor de su pueblo, también es cierto que su modo de ser creaba una distancia que parecía insalvable. Esa distancia vino a ser cubierta por el nacimiento de Jesús. Obsérvese que es Dios quien la recorre y no nosotros. En la historia del cristianismo hubo muchos momentos en que la Iglesia creyó que era ella la que recorría el camino hacia

Dios. Hoy es común oír hablar de “camino que conduce a Dios” cuando en realidad es Dios quien recorre ese camino hacia donde estamos nosotros. No es nuestro esfuerzo el que no acerca a Dios sino su disposición a acercarse a nosotros, en este caso en la persona del niño de Belén. Nuestra tarea no es “ir” hacia Dios sino disponernos a oír su voz y seguir sus pasos cuando se acerca a nosotros.

Cuando pocos lo esperaban Dios sorprendió al pueblo de su tiempo enviando aquel que había sido anunciado siglos antes.

La fidelidad de Dios

Se insiste en que debemos creer en Dios y en su Hijo Jesucristo. Pero el evangelio es también una afirmación de que Dios cree en nosotros. La Navidad es una afirmación de que Dios aún confía en que la humanidad es rescatable. Cuando uno mira la historia humana llena de bajezas y opresión se pregunta con razón si vale la pena que Dios se juegue por nosotros. Una vez se dijo que quizás el mundo era un experimento que a Dios había salido mal y él mismo lo había descartado, olvidándose de su mezcla como se abandona una probeta de una sustancia fracasada. Y para colmo que al cabo de un tiempo había comenzado a pudrirse. Pero esa no es la visión real que los evangelios –y la Navidad- nos da del compromiso de Dios con nosotros.

El niño es “Dios con nosotros” (Emmanuel) y eso es así porque Dios no ha querido abandonarnos sino que cree firmemente que somos rescatables. La oveja perdida no fue abandonada a su suerte así como la humanidad no fue echada al olvido de Dios por sus pecados –que son muchos y graves-. Por el contrario celebramos que Dios confía en nosotros. Eso trae a cuento cómo respondemos a esa confianza de Dios. Nada hay más feo que no estar a la altura de la confianza que otro a puesto en alguien. Cuando así se defrauda es la más amarga de las experiencias. ¿Cuál es entonces nuestra respuesta a la afirmación de Dios de que todavía somos rescatables? ¿Le haremos pasar el mal momento de hacerle ver que se equivocó? Es probable que muchas veces sí, pero en su tozudez de padre amante una y otra vez volverá a afirmar su fidelidad a la vida humana y a su creación. La respuesta esperada es entregar la vida por el evangelio y salir a caminar para cumplir con la misión.

El Dios hecho carne es una afirmación de la dignidad de la vida humana. Nos hemos preguntado por qué Dios vino a nosotros en forma de ser humano. Hay quienes consideran innecesaria esa mediación humana, si al fin y al cabo Dios puede comunicarse por formas más eficaces o en forma directa en el corazón de cada uno. Es una buena pregunta que estimula la reflexión. ¿Qué es lo que tiene sentido de la Navidad? ¿Qué la hace tan necesaria? En principio la hace necesaria que el mismo Dios la haya elegido: ni María, ni José, ni los actores de esos relatos pidieron a la Navidad en sentido estricto. Podemos decir que la esperaban como tantos otros lo hacían. Es Dios quien encuentra que este es el camino mejor para comunicarse con nosotros. Rebajarse a ser persona con todas sus limitaciones es una manera de decir que la creación y el ser humano no son accidentes pasajeros sino creación meditada y valiosa para él. Una revelación celestial (un rayo, una voz poderosa, algo no humano) quizá hubiera tenido otro efecto pero seguramente no iba a dar testimonio de que Dios estaba comprometido hasta lo profundo con su creación y con sus hijos e hijas.

La fidelidad de Dios a sus criaturas solo se entiende si vemos el amor que hay en cada uno de sus actos.

Ser seguidores de Cristo

La Navidad también nos tiene que hacer pensar en ser seguidores de Cristo. El mensaje y el relato no se agota en el pesebre, los sabios de oriente y los pastores que lo adoraron. Ellos no lo hicieron solo porque reconocieron al Hijo de Dios entre nosotros sino porque comprendieron que una nueva etapa se abría para la humanidad. Y esa nueva etapa puede llamarse el tiempo en el cual Dios se ha acercado definitivamente a las personas y se ha comprometido con ellas. ¿Podremos ser meros espectadores de esta nueva situación? ¿Qué significa para nosotros ser parte del pueblo de Dios que se sabe ya viviendo una nueva forma de relación con su Señor?

Dios no lo ha querido así. El niño se hizo grande y pasó del pesebre a los caminos. Pasó del llanto y los pañales a hablar con claridad sobre como reconstruir al vida y reencontrarse con Dios. El pequeño de Belén vino para crecer y ser un adulto que desafió a los poderosos para que se alejaran del mal y a los humildes para que escuchen la buena nueva del evangelio. A todos los llamó a seguirle por la difícil senda de la fe y la esperanza puesta en Dios, que es una forma de decir no puesta en las cosas débiles y transitorias.

Cuando el amanecer encontró al niño por primera vez se podría decir que fue la inauguración del tiempo en que la luz del sol rozó la piel de quien sería nuestro salvador, así como la primera brisa acarició su cuerpo. Pero eso no es solo una expresión poética más o menos bella, sino que es la afirmación de que él vino para vivir al igual que cualquier otro niño (que millones y millones de niños y niñas de todos los tiempos) la experiencia de la naturaleza, de la necesidad, del hambre y la violencia, de la lucha y la tristeza, de la búsqueda y el dolor. También se alegró en las fiestas y en la amistad, en la conversación sencilla y el compartir el camino con sus discípulos. Es decir, vino a hacer todo lo que nosotros hoy somos llamados a hacer: vivir con fe en que Dios está con nosotros siempre. El se avino a nosotros para que nosotros nos animáramos a seguirle. Si hay temor debemos saber que él antes recorrió este camino. Si hay dudas debemos recordar que el Señor dará las respuestas a su tiempo. Si nos faltan la fuerzas hemos de reconocer que él fue débil de pequeño y débil en la cruz, pero nunca fue abandonado por su padre.

Esta Navidad es un tiempo para renovar nuestro compromiso con el Reino, con Dios y con su evangelio. El no nos dejará que nos perdamos sino que una vez más se acerca a nosotros en la figura del niño de Belén y en la evocación de su nacimiento. Que la presencia de Dios en nuestra vida tenga un renacimiento, al calor de aquel día en la lejana tierra de Judá.